

ARTÍCULOS 2015

- **Trasnochador**
- **El camello de Lanzarote**
- **Iglesia desmochada**
- **Niños de la vacuna**
- **Puertos de Lanzarote y La Graciosa**
- **Jacinto Alonso**

Trasnochador

Fuente: Diario de Lanzarote 1-1-2015

En el Arrecife de las primeras décadas del pasado siglo, que afortunadamente yo no conocí pues de lo contrario posiblemente hoy ya no estaría en el mundo de los vivos, al parecer, las noches eran bastante oscuras y alumbradas por media docena de faroles de petróleo que el farolero, como el de la canción, escalera al hombro, encendía al atardecer y apagaba por las mañanas. No había serenos que dijeran aquello de las tres en punto y sereno, esos que vemos en las películas con un gran manojito de llaves y el chuzo, ese palo con reja metálica con que golpeaba el suelo, lo que propiciaba bromas y alguna que otra gamberrada. Lo que sí abundaban eran noctámbulos, ese grupo de personas que parece tener miedo de irse a la cama y se pasaban horas y horas paseando por las calles y comentando lo habido y por haber, y fiscalizando lo que hacían muchos vecinos al amparo de la penumbra. Los noctámbulos muchas veces enlazaban con los madrugadores, los que al contrario parece que la cama les atormentaba y, ya de madrugada, estaban dando vueltas y más vueltas también fiscalizadoras de lo que hacían los demás. Creo que me lo contaba mi buen amigo Manuel Bravo, que entre estos madrugadores estaba el popular "Pepe" que, a falta de aquellos serenos, muchas veces se encargaba de llamar a las puertas para que el morador de la casa no llegara tarde a sus obligaciones.

Don Carlos era un famoso abogado, tan buen profesional como apegado a las sábanas en esas mañanas en que apetece más estar acurrucado entre ellas que soportar las inclemencias del tiempo y un gran aficionado a la cacería. Un día don Carlos le dijo: "Pepe, mañana tengo invitados a unos amigos canarios a una cacería y no puedo fallar. Me vas a llamar a las cinco de la mañana", y le recalcó lo de las cinco de la mañana. "Me tocas en la puerta grande con fuerza y si no me levanto enseguida, vuelves a llamar". En medio de un profundo sueño, don Carlos oyó unos fuertes golpes en la puerta, y rápidamente se asomó al postigo. "Bien Pepe, ya me levanto". "No don Carlos, era para decirle que solo son las tres y que puede seguir durmiendo". Me recuerda al enfermo que decía: "Lo que más me fastidia del hospital es que me despierten a las doce de la noche, para darme la pastilla de dormir".

El camello de Lanzarote

Fuente: Diario de Lanzarote 1-4-2015

Un proverbio árabe dice: 'Dios al crear el desierto reparó el error creando en él al camello. Una vez escribimos, con pretendidas dosis de humor, que cuando Dios creó a los animales, el primero fue el caballo con las piezas más bellas y el último el camello con las sobrantes. Después he meditado mi error; y que seguramente el Creador, antes que nada pensó, además del desierto que dice el proverbio, en el paisaje de Lanzarote y su campesino y fabricó el primer camello adaptándolo a sus necesidades. La anatomía del camello es la de un ser tenido en cuenta para las características de lo que nuestra Isla y sus habitantes serían con el tiempo. Su andar lento apropiado al clima caluroso y a la parsimonia del campesino; las largas patas para que el serón y el vaso con la paja no llegaran al suelo, pero que tuchido se adaptaba a la altura de su acompañante y la ancha plataforma de sus pies concebida para no enterrarse en las arenas que arrojaría Timanfaya; la voz de alarma en sus momentos de verdadero peligro, en forma de falsa lengua sonora, roja y espumosa que asomaba entre los alambres del sálamo, y su talón de Aquiles, que no era talón sino punto en la cabeza que debidamente presionado por el experto camellero, que lo denominaba el matadero, lo dejaba completamente desarmado. Hasta su cadáver, cuyos huesos, como diría el poeta, posiblemente aún blanquean en la caldera de Montaña Mina, sirvió de mantenimiento de aquellas bandadas de guirres, tan añoradas no solo por los ecologistas, y en peligro de extinción por falta de sus amigos póstumos y alimento, los camellos. Los artistas plásticos y los creadores literarios se han ocupado constantemente del camello. Otro proverbio árabe dice: 'Entre las cosas que Dios ha dado al hombre, dos son las más hermosas: El rostro risueño de una joven virgen y un hermoso camello'. Don Antonio de Viana: "No hallaron en ella animales / dañosos porque nunca los criaron / aunque en algunas de ellas habitan / los soberbios camellos corcovados". Don Luís Fajardo Hernández bajo el título 'Palabras y cosas', editado por la Universidad de La Laguna en 1944, y reeditado recientemente, y don Leandro Perdomo nos hablan del camello. El insigne don Isaac Viera en su libro 'Costumbres canarias' nos cuenta del majorero que hizo la promesa de traer el camello a San Marcial, en Femés, si escapaba de la epidemia de garrotejo. Lo entró en la iglesia y puso dos onzas en la alcancía. Don Agustín Espinosa arma al camello de Lanzarote con el sable que arrastra. El farmacéutico que fue de Arrecife don Cipriano Arribas y el antropólogo doctor René Verneau, se refieren a los camelleros; si bien al último no debió irle muy bien el trato con ellos, con los camelleros, de los que despotrica. Un eminente, don Miguel de Unamuno nunca lo denominó dromedario, como a algunos les parece ser forma más culta y científica, sino que siempre los nombró camellos. Refiriéndose a la Fuerteventura de su confinamiento: "Sufrida y descarnada cual camello" o "La aulaga es esqueleto de planta, la camella es casi esquelética y Fuerteventura es casi un esqueleto de isla". Don Agustín de la Hoz habla de Pablo el Fino, el camellero que llevó al joven rey Alfonso XIII a la Mareta del Estado, y a quien llamó, saltándose el protocolo por él ignorado, "mi niño". César, en sus magníficos murales del Parador, da auténtica vida al campesino y marinero lanzaroteños, y retrata

de forma asombrosa al camello. El camello lanzaroteño fue importado de África y se dice que la Isla lo exportó a Australia, en cuyos desiertos llegó a ser plaga peligrosa. Del léxico insular casi han desaparecido los términos tuchir, camello moro, guelfo o majalulo, jáquima, pretal o tajarra; y da pena que uno de los más importantes protagonistas de la Isla, quede reducido a una curiosidad con la que los turistas se retratan; pero, al menos con esa mínima función, se conserva una especie que, de otra forma, estaría en peligro de extinción como su amigo el guirre.

Iglesia desmochada

Fuente: Diario de Lanzarote 1-5-2015

Primero pedir disculpas por el uso de ese término que pudiera parecer un tanto peyorativo de "desmochada", pero correcto tanto desde el punto de vista gramatical como de su uso, ya en decadencia. Pero no me refiero a la Iglesia con mayúscula, Institución a la que pertenezco, pero entonando el "mea culpa" de no serlo en toda la intensidad que corresponde a un buen cristiano.

Recuerdo hace muchos años, el gran enfado de mi amigo y posterior colega en esto de las crónicas, Facundo Perdomo, que al asomarse a la ventana vio "desmochada" la Montaña Mina, habiendo desaparecido el suave pico que siglos y quizá miles de años de erosión natural, la habían configurado; y una torreta metálica sustituyó a la "Cruz del siglo", que visité en alguna ocasión, elevada como homenaje y también como antídoto contra las catástrofes que los agoreros vaticinaban con la llegada de la nueva centuria y que posiblemente culminarían en "la fin del mundo", como se decía popularmente, y que Arrecife, por no tener montañas, colocó en el Islote del Francés.

No me contó, pero me imagino el segundo enfado de mi amigo, cuando comprobó que se "desplomaba" su montaña con el fin de colocar unos aparatos aéreos, ante los que, si Don Quijote hubiera tenido ocasión de plantarse, desilusionado habría rendido su lanza, exclamando: "¡Cuan alto me los colocáis!". Me refiero al templo de San Ginés. Ante el peligro que suponía el deterioro de la linterna de su solitaria torre, el buen criterio y la prudencia de su párroco don Miguel, hizo que lanzara la voz de alarma, en evitación de la necesidad de un segundo milagro como también sucedió hace algunas décadas, cuando al poco rato de haber finalizado una ceremonia religiosa, parte del techo de su nave se desplomó, sin daños personales como suele decir la prensa, y cuya polémica restauración produjo otro enfado, esta vez de don Domingo Abreut, su director. Afortunadamente triunfó el criterio de una reparación que la enriqueciera y que hoy admiramos.

Nuestro templo nació, no desmochado, pero sí manco. Aquella segunda torre, cuya imagen vemos en las esbeltas iglesias de la colonización española en América, quedó en muñón. Nuestro gran poeta, poco editado y cuyo monumento falta en la marina que tanto cantó, don Leopoldo Díaz, en sus literarios retratos de Arrecife dice: "... una iglesia de un solo campanario". Arrecife tan escaso de monumentos necesita que nuestras autoridades se ocupen de uno de los más importantes y que los vecinos volvamos a ver esa imagen secular de la linterna que remataba su solitaria torre.

Niños de la vacuna

Fuente: Diario de Lanzarote 1-10-2015

En varias ocasiones hemos tratado del hecho heroico conocido por el de 'Niños de la vacuna', que nos enseñan Francisco Hernández Del-gado y María Dolores Rodríguez Armas, en su libro Hambrunas, epidemias y sanidad en Lanzarote, que agotado, precisa su reedición para que esté presente en todas las bibliotecas, públicas o privadas, de la Isla. Sabemos por él, que cinco niños de nuestra isla fueron enviados a Santa Cruz de Tenerife para ser vacunados y que fueron después portadores de la vacuna contra la viruela para ser aplicada a la restante población. Los niños, ante la falta de medios de la Alcaldía Mayor de la Isla, fueron enviados gracias a la generosidad de algunos vecinos de Lanzarote, al cuidado de don Cristóbal de la Cueva y acompañados del médico don Pedro Suárez, vacunados y posteriormente recibidos con los correspondientes honores y actos festivos.

Los estudios del inglés Edward Jenner sobre las aftas que infestaban las ubres de las vacas, lograron obtener una vacuna contra la enfermedad. Recientemente se ha publicado un libro A flor de piel del escritor Javier Moro, reseñado en la revista Historia, en que nos aclara y complementa lo que conocíamos hasta ahora. Ante las epidemias de viruela que tantos estragos causaba en la población, el rey Carlos IV, ordena la organización de la llamada Real Expedición Filantrópica de la Vacuna a los entonces denominados Territorios de Ultramar, América y Filipinas.

En La Coruña, una mujer marginada por haber tenido un hijo siendo soltera, se dedica a cuidar niños y posteriormente regenta una especie de hospicio. Esa mujer, Isabel Zandal, a quien en 1950 la Organización Mundial de la salud la reconoce como "Primera enfermera en la Historia en misión internacional", y los médicos Francisco Javier Balmis y Joseph Salvany, con veintidós niños del hospicio, parten de La Coruña el 30 de noviembre de 1803, en la corbeta María Pita.

El navío llega a Santa Cruz de Tenerife el 9 de diciembre de 1803 y, como nos dicen Francisco Hernández y María Dolores Rodríguez, nuestros niños fueron vacunados.

Javier Moro, en su novela en la que se comparten historia y ficción, continúa las peripecias de la expedición.

Los de mi quinta, como diría el buen amigo don Emilio Sáenz, esperábamos asustados en la fila vigilada por el maestro, a que el practicante, después de mojar el punzón en el líquido que contenía un pequeño frasco, nos hiciera en el brazo dos arañazos profundos. Si la vacuna pegaba, al parecer síntoma de predisposición a la enfermedad, se formaba en la herida una costra repugnante de color entre canelo y verdoso, que tardaba varias semanas en desaparecer.

En la escuela era frecuente la pregunta: ¿Ya te vacunaron de la virgüela?

Dos pequeñas cicatrices blanquecinas eran el sello perpetuo, que algunos conservamos, de haber sido vacunado.

En la época en que no podía ni soñarse con el bikini y demás prendas femeninas que pondrían de manifiesto la belleza de las mujeres, de la que nunca se avergonzaron ni egipcios ni griegos, pero que vetaba hasta hace pocos años, nuestra casi medieval e inquisitoria civilización, las mujeres pedían al facultativo, en evitación de esos pequeños estigmas, que las vacunara, no en el brazo, sino en el hombro, zona tabú durante muchas décadas para los ojos ajenos.

Como Cronista Oficial de Arrecife, entregamos el 31 de enero de 2012 y reiterados posteriormente en 2014, un escrito en el que, entre otras solicitudes encaminadas a la conservación y divulgación de nuestro Patrimonio Histórico, expresamos textualmente: "NIÑOS DE LA VACUNA.- Según los libros Historia del Puerto del Arrecife, de José Agustín Álvarez Rixo, (Pág. 114 y siguientes) y Hambrunas, epidemias y sanidad en Lanzarote, de Francisco Hernández Delgado y María Dolores Rodríguez Armas, (Pág. 58 y siguientes) a los que me remito para mayor información, un grupo de niños de Arrecife fueron enviados a Tenerife para que, debidamente vacunados contra la viruela, fueran portadores del germen para posteriores vacunaciones en Lanzarote.

Además de rotular una calle de la ciudad con el título de "NIÑOS DE LA VACUNA", pues no lo he localizado en el callejero, solicitar del Cabildo Insular la colaboración para colocar una placa en el Hospital Insular, en estos términos aproximadamente:

"En recuerdo de los cinco niños de Arrecife y del médico don Pedro Suárez que los acompañó, enviados para su vacunación contra la viruela a Tenerife a donde llegaron el 9 de diciembre de 1803, para ser vehículo de posteriores vacunaciones en la isla de Lanzarote".

Puertos de Lanzarote y La Graciosa

Fuente: Diario de Lanzarote 1-11-2015

Se dice que "a toro pasado" es fácil criticar. Soy el primero en entonar el "mea culpa" de ese pecado. En diversas ocasiones hemos hecho, en medios de comunicación y en privado, crítica de la actuación de los responsables de allá y también de nosotros, sean o no autoridades, respecto de lo que se hizo mal y de lo que se ha dejado de hacer en relación a nuestro principal puerto. En primer lugar de la falta de visión futura de los que en aquel momento decidieron que fuera en la punta que dio lugar a su nombre y no en la que ahora se propugna haga Disa el atraque de sus barcos petroleros, con lo que hoy dispondríamos de una de las bahías más amplias del archipiélago.

Mientras los Esfinges, Catalinas o Moganes, como diría aquella propaganda comercial, "crecen y crecen", nuestro Muelle de Cruceros era infrautilizado por falta de unos norays especiales que permitieran el amarre de barcos de gran eslora; obras efectuadas en los momentos más inoportunos; la ampliación del Puerto de Playa Blanca, entre informes y contra informes o informes de impacto medioambiental, se demora años y años y mientras se ha de huir de su playa por la resaca que el atraque de los barcos produce. Parece que el proyecto de dique de resguardo de Los Mármoles ya está en la gaveta del olvido.

Recuerdo que en la construcción del actual muelle, uno de los ingenieros directores, mi amigo Miguel Navarro, advirtió que la construcción de otro resguardo en forma de martillo, que partiendo del final del dique se prolongaría hacia el interior de la bahía impediría la entrada de barcos de gran calado. Gracias a su advertencia se presionó y logró que ese aditamento no se construyera.

Como todo no ha de ser negativo, la construcción en nuestra isla de los cajones para la ampliación del dique principal puede generar medios y trabajo.

Las estadísticas son el mejor medio para promocionar la bondad o no de cualquier entidad. Las del subterfugio de "Puertos de la Luz y de Las Palmas", que incluye a los de Lanzarote y Fuerteventura sin nombrarlas, hace que no beneficie en absoluto a estas dos últimas su aportación positiva.

Cuando un hijo o un empleado son consciente de su capacidad fundamentalmente económica, decide independizarse y hacerse responsable de su futuro. Por lo que se viene publicando, a iniciativa de la Cámara de Comercio de Lanzarote, nuestras autoridades han iniciado los trámites para que nuestros puertos insulares dependan de una Autoridad Portuaria autónoma.

Un ejemplo es el de los puertos deportivos de la Isla, en manos de empresas privadas con autonomía económica.

Tengo ante mí la entrevista que, en el diario "La Provincia", el 11 de octubre último, D. Rivero hace al Presidente de la Cámara de Comercio de Lanzarote don José Torres Fuentes

de la que se deduce que, dentro de la estrategia de integración no solo de la Comunidad Autónoma, sino incluso de las denominadas Islas de la Macaronesia, cada isla y entre ellas la nuestra debe tener la suya propia y compartida en las cosas comunes. Que la situación económica del puerto es positiva, aunque sujeta al freno de mano de la Autoridad Portuaria de Las Palmas. Que cree, como otras autoridades, entidades y personas de la isla que así se han manifestado, de la conveniencia de dotar de autonomía a nuestros puertos insulares. Nosotros estamos convencidos de esa conveniencia y necesidad. Tendríamos el orgullo de proclamar, como decimos al titular esta opinión unos "Puertos de Lanzarote y La Graciosa".

Como curiosidad histórica acabaremos señalando que don José Agustín Álvarez Rixo en su libro 'Historia del Puerto del Arrecife', dice que: "Siguiendo esta costa más al E. del de Puerto de Naos, existe una curiosidad de valor, merced a la indolencia de estos naturales. A saber: unos grandes trozos de mármol blanco medio enterrados en la arena, y es tradición en la isla haber sido cargamento de cierta embarcación que se fue a pique en aquel paraje. Don Felipe Ravina cónsul sardo de Sta. Cruz sacó algunos de estos mármoles en 1822, y los remitió a Inglaterra. Ninguna dificultad había para que en nuestra provincia sirviesen de magnificencia de alguna iglesia o de cualquier obra pública".

Durante muchos años, creo que a iniciativa del alcalde don Ginés de la Hoz, uno de aquellos mármoles figuró como monumento en la rotonda frente al Arrecife Gran Hotel que luego, posiblemente por ignorancia de su valor histórico, fue sustituido. En cierta ocasión solicitamos oficial-mente, entre otras cosas, que se localizara ese mármol y se colocara en la rotonda de entrada al muelle al que esos bloques dieron su nombre.

Jacinto Alonso

Fuente: Diario de Lanzarote 1-12-2015

Hace unas semanas tuve la satisfacción de visitar, acompañado de un guía excepcional, mi amigo (la gran diferencia de edad no es obstáculo) Mario Ferrer, la exposición que sobre el hasta hace poco desconocido fotógrafo Jacinto Alonso, se exhibía en el antiguo edificio que fue sede, durante muchos años, del Cabildo Insular, hoy rebautizado como "Casa Amarilla".

Tuve la oportunidad de comentarle que, después de treinta y dos años, desde el 23 de mayo de 1983, en el que entré con cierta responsabilidad y salí como ex de ella, no había tenido motivo para visitar el edificio; que me congratulaba, con pequeñas reservas, de su esperada restauración y pude contar a las personas que actualmente ejercen en él su función, ciertas anécdotas vividas en su interior, como mi afecto familiar a través de mi padre o el recuerdo de las obras de arte que lo decoraban: Aquel ingenuo Quijote de don Juan Reguera, familiarmente "Juanele", pasando por la acuarela de piteras podadas al pie del castillo de Guanapay de Manolo Millares y el bodegón de César o la entrañable viejecita tallada en madera por Pancho Lasso.

El casi reciente y afortunado descubrimiento para nuestra cultura del fotógrafo Jacinto Alonso, algunas de cuyas obras he encontrado entre mi archivo familiar, nos muestra una faceta, posiblemente la más importante de la historia gráfica de nuestra isla entre fines del siglo XIX y principios del XX.

Mario nos comentaba la extraña y singular personalidad de Alonso, veterinario, dentista, sangrador, reparador de armas de fuego y fundamentalmente fotógrafo de una extraordinaria calidad, en un ambiente de deficiencia cultural que hacía bastante difícil esa labor.

Aunque no desdeñó los paisajes de nuestra tierra, fundamentalmente es la persona la que sirve de protagonista de su obra, desde los retratos familiares, pasando por la diversión de la parranda o el circo, la familia entera y endomingada, colocada de forma casi teatral (como nos indicaba Mario) para enviar su imagen al pariente trasmarino; personalidades políticas o eclesiásticas, hasta aquella espeluznante de la jovencita amortajada rodeada de flores sobre la mesa del comedor.

Nos parece notar la fragancia de faldas y blusas guardadas todo el año en la caja de cedro o el olor del betún acabado de aplicar a los zapatonos que atormentaban a los pies acostumbrados a la libertad de lo descalzo.

Acertadamente una señora que nos acompañaba decía que los personajes le traían a la memoria la imagen de los que nos describen los autores americanos recientes, desde Macondo hasta los que rodean al desamparado coronel.

Reflejan acertadamente la situación social. La de los señores de la casa, la muchacha, "criada" en la terminología de la época, que se esconde al fondo, como avergonzada de su aspecto frente a la de los señoritos a los que servía. Hay que reivindicar la dignidad del término criada, empleado muchas veces de forma peyorativa. Creo que la chica ligada a la familia desde su más temprana edad, se consideraba que había sido 'criada' en el ámbito familiar y desempeñado un trabajo tan importante como quienes hoy se denominan empleadas de hogar.

Definitivamente, como expresa el adagio de la imagen y las palabras, el polifacético don Jacinto Alonso nos da la imagen absolutamente real de nuestra sociedad de entre siglos.